

La guerra y la violencia en los ojos de Dios

“Ha puesto fin a las guerras en todos los confines de la tierra; ha quebrado los arcos, ha destrozado las lanzas, ha arrojado los carros al fuego”.

— *Salmos 46:9*

Nos encontramos bien adentrados en el siglo XXI. Las condiciones del mundo están deteriorando rápidamente. Las personas en quienes hemos confiado, las cosas que llegamos a conocer y disfrutar, e incluso

las que hemos dado por sentado, están desapareciendo. Muchas personas del mundo hoy viven en un constante estado de miedo. Podemos ver personalmente que las tensiones en el mundo están más altas que nunca. Los conflictos, las guerras y los actos de terrorismo llenan nuestros titulares y noticieros. El mundo está embrollado en un frenesí que ha causado que muchas personas teman por su misma existencia. Se está desarrollando una batalla entre los supuestos poderes del bien y el mal en la tierra. Se ha dado un grito de guerra, que ha causado que se comenten actos de violencia solo por violencia. Se ha puesto una gran presión sobre las personas para que se “sumen a la lucha” a toda costa.

La humanidad en general no está recurriendo a

Dios para pedir ayuda, sino que depende de sus propios métodos para traer la paz al mundo. En este entorno, encontramos al hijo de Dios frente a muchas decisiones importantes. ¿Qué enseña la Escritura con respecto a la violencia, la guerra y el asesinato? ¿Cómo se puede usar la Escritura como una base para oponernos a la guerra y la violencia? Esperamos que la conversación que sigue ayude al lector a contestar estas importantes preguntas.

Descripciones de Dios en el Antiguo Testamento

Con frecuencia se describe a Dios en la Biblia usando términos bélicos—la “ira del SEÑOR”—mencionada en Números 11:10,33. El Padre Celestial es como un “fuego consumidor”, ya que “Es aterrador caer en las manos del Dios vivo”. (Deut. 4:24; (Heb. 10:31) “Mía es la venganza; yo pagaré”. (Deut. 32:35) La Escritura también nos dice que Dios no puede contemplar el pecado, “Son tan puros tus ojos que no puedes ver el mal; no te es posible contemplar la opresión.”. (Hab. 1:13) El Señor es “un Dios celoso” y “un guerrero” que se alza para juzgar a las naciones en su momento designado.—Éx. 20:5;15:3

Los hombres de guerra de Israel

En los tratos de Dios con la nación de Israel, observamos que les instruyó que reclutaran escuadrones. “El SEÑOR habló a Moisés en el desierto de Sinaí, en la Tienda de reunión, después de que los israelitas salieron de Egipto. Le dijo: Hagan un censo de toda la comunidad de Israel por clanes y por familias patriarcales, anotando uno por uno los nombres de todos los varones. Tú y Aarón reclutarán por escuadrones a todos los varones israelitas mayores de veinte años que sean aptos para el servicio militar”.—Núm. 1:1-3

Los israelitas con frecuencia estuvieron dirigidos por hombres de guerra en su lucha por ganar posesión de la tierra prometida. Un ángel le dio a Josué, el “comandante del ejército del SEÑOR”, instrucciones sobre cómo destruir a Jericó. (Josué 5:14; 6:2-5) Con el toque de trompetas, e intervención divina, los muros de la ciudad “se derrumbaron” y “quedó arrasada”.—Josué 6:20,21

Dios le enseñó a su pueblo a luchar. Nos dice David, “Bendito sea el SEÑOR mi Roca, que adiestra mis manos para la guerra, mis dedos para la batalla. Él es mi Dios amoroso, mi amparo; mi más alto escondite, mi libertador; mi escudo, en quien me refugi; Él es quien pone los pueblos a mis pies”. —Sl.144:1,2

Dios lucha por los suyos

Dios luchó por su gente cuando los perseguí el Faraón, rey de Egipto, y su ejército de caballos y carros. “El faraón iba acercándose. Cuando los israelitas se fijaron y vieron a los egipcios pisándoles los talones, sintieron mucho miedo y clamaron al SEÑOR. ...No tengan miedo—les respondió Moisés—. Mantengan sus posiciones, que hoy mismo serán testigos de la salvación que el SEÑOR realizará en favor de ustedes: A esos egipcios que hoy ven, jamás volverán a verlos. Ustedes quédense quietos, que el SEÑOR presentará batalla por ustedes”. (Éx. 14:10-14) Las aguas del mar se partieron por el poder de Dios, y la hueste de Israel fue salvada; los ejércitos de Egipto fueron destruidos.

Al relatar una experiencia posterior, “El SEÑOR dijo a Moisés, Antes de reunirte con tus antepasados, en nombre de tu pueblo, tienes que vengarte de los madianitas: ... Moisés se dirigió al pueblo y dijo, Preparen a algunos de sus hombres para la guerra contra Madián. ... Que cada una de las tribus de Israel envíe mil hombres a

la guerra. ... entraron en batalla contra Madián y mataron a todos los varones”.—Números 31:1-8

“Todo tiene su momento oportuno”

Otro conjunto de escrituras del Antiguo Testamento a tener en cuenta se encuentra en Eclesiastés 3:1,3,8: “Todo tiene su momento oportuno; hay tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo: ... tiempo para matar, y tiempo para sanar; tiempo para destruir, y tiempo para construir; ... tiempo para amar, y tiempo para odiar; tiempo para la guerra, y tiempo para la paz”. Muchas personas han usado estas escrituras para justificar el matar y el ir a la guerra. Sin embargo, cuando examinamos este pasaje con mayor atención, observamos que Salomón escribía como resultado de sus experiencias y observaciones pasadas. Está diciendo algo importante desde un punto de vista social. Ve al hombre trabajar duro en todo tipo de emprendimientos, y pregunta sabiamente: “¿Qué provecho saca el trabajador de tanto afanarse? He visto la tarea que Dios ha impuesto al género humano para abrumarlo con ella”.—versículos 9,10

Salomón finaliza su discusión en el Libro de Eclesiastés con, “El fin de este asunto es que ya se ha escuchado todo: Teme a Dios, y cumple sus mandamientos: porque esto es todo para el hombre. Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto”.—Ecles. 12:13,14

Un Dios de amor

En vista de lo anterior, ahora planteamos una pregunta legítima que se hacen muchos: Si Dios es un Dios de amor como nos dice la Biblia, ¿cómo podemos comprender sus órdenes a los hijos de Israel, por ejemplo “arrasar” con sus enemigos? (I Juan 4:8,16; Deut. 12:2;

20:17) Debemos recordar que la nación de Israel era el pueblo elegido de Dios: “Solo a ustedes los he escogido entre todas las familias de la tierra”.—Amós 3:2

El hecho de que los hijos de Israel eran el pueblo elegido de Dios se enseña claramente en la Biblia. Observamos estas palabras del Profeta Jeremías: “Así procuré que todo Israel y todo Judá se ajustaran a mí, afirma el SEÑOR ; para que fueran mi pueblo y mi renombre, mi honor y mi gloria. Seré el “Dios de todas las familias de Israel, y ellas serán mi pueblo”. (Jer. 13:11; 31:1) Al hablar con Jacob, el padre de las doce tribus de Israel, Dios dijo “ Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti y de tu descendencia”.—Gen. 28:14

La tierra de Canaán le había sido prometida a la “descendencia”, es decir los hijos, de Abraham—es decir, Israel—siglos antes. (Gén. 11:31; 12:5-7) Sin embargo, otros pueblos se habían asentado en la tierra antes de la llegada de los israelitas como herederos legítimos bajo el liderazgo de Josué. Existían terribles condiciones en la tierra prometida de Canaán cuando Israel llegó a poseerla. Los filisteos, amorreos y otros pueblos que ocuparon las tierras eran muy corruptos, ya que participaban en todo tipo de adoración idólatra, y hasta ofrecían sacrificios humanos en conexión con sus falsos dioses y religión. (Deut. 18: 9-14) Fue porque su maldad y depravación había llegado a tal nivel que Dios, en su sabiduría y justicia, vio que sería lo mejor destruirlos y poner en la tierra a un pueblo que, bajo su instrucción, se adheriría a un mayor grado de civilización.

Por lo tanto, Dios les ordenó a los israelitas que conquistaran Canaán. No fue algo que se hizo sin su permiso y dirección. Antes de poner pie en la tierra prometida, el Señor había establecido un sistema de leyes con los israelitas. Entendían que si desobedecían esas

leyes, serían castigados. Una de estas leyes era “No matarás”. (Éx. 20:13) Los vecinos de Israel constantemente se batían en guerra contra ellos, pero si Israel obedecía a Dios, él los ayudaría. Si desobedecían a Dios, sin embargo, permitiría que sus enemigos vencieran.—Lev. 26:3,6-8,14,17

Una situación temporal

Más adelante en el Antiguo Testamento, Dios dejó en claro a través de los profetas que el tiempo presente de mal, odio, guerra y pobreza era una situación temporal. Su plan, al final, eliminaría toda la guerra, el odio, la desesperación y la pobreza. Esto tendrá lugar cuando su reino esté preparado. A través del Profeta Isaías, Dios dijo, con respecto a este tiempo: “Convertirán sus espadas en arados y en hoces sus lanzas. Ya no levantará su espada nación contra nación y nunca más se adiestrarán para la guerra”. No harán ningún daño ni estrago en todo mi monte santo”.—Isa. 2:4; 11:9

La guerra en el Nuevo Testamento

Consideremos ahora las enseñanzas de Dios en el Nuevo Testamento, donde pronto resulta aparente que ha ocurrido un cambio. El Padre Celestial ahora trata de modo diferente con la nación de Israel, y todo comienza con su Hijo, Jesús. En su existencia previa a la humanidad, el Hijo de Dios se llama “el Verbo [griego: logos]” de Dios. (Juan 1:1, El Diaglotón Enfático). Más adelante en este mismo capítulo, Juan escribe: “Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros(. Y contemplamos su gloria, la gloria que corresponde al Hijo único del Padre,) lleno de gracia y de verdad”. (versículo 14) “El que era la luz ya estaba en el mundo y el mundo fue creado por medio de él, pero el mundo no lo reconoció. Vino a lo que

era suyo, pero los suyos no lo recibieron”. (Vv. 10,11) Sabemos que “los suyos” se refiere a la nación de Israel. Fue rechazado por ellos, en cumplimiento de la escritura, que dice “Despreciado y rechazado por los hombres”.— Isa. 53:3

Cuando Pilato les preguntó a los judíos, que estaban reunidos en el juicio de nuestro Señor, “¿Y qué voy a hacer con Jesús, al que llaman Cristo? —¡Crucifícalo! —respondieron todos”. (Mat. 27:22) Como leemos al cierre del relato, Pilato se lavó las manos del asunto, al no haber encontrado falta alguna en él. “¡Que la culpa de su muerte caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! —contestó todo el pueblo”.—Mat. 27:25

Durante el ministerio de Jesús, él anheló ayudar a Israel. “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! Pues bien, la casa de ustedes va a quedar abandonada”. (Lucas 13:34,35) Por este rechazo del único Hijo de Dios, Israel no obtuvo lo que hacía tiempo buscaba. Habían deseado obtener la continuidad de las bendiciones y prosperidad bajo la dirección de Dios. “¿Qué concluiremos? Pues que Israel no consiguió lo que tanto deseaba [...] (como está escrito: Dios les dio un espíritu insensible, ojos con los que no pueden ver y oídos con los que no pueden oír,) hasta el día de hoy”.—Rom. 11:7,8

Ejemplos que nos enseñan

Ahora mencionamos nuevamente, usando la Escritura, el propósito de la relación de Dios con Israel en el Antiguo Testamento. “No quiero que desconozcan, hermanos, que nuestros antepasados [los israelitas] estuvieron todos bajo la nube y que todos atravesaron el mar.

[...] Todo eso sucedió para servirnos de ejemplo, a fin de que no nos apasionemos por lo malo, como lo hicieron ellos”.—1 Cor. 10:1,6

A partir de este registro, tenemos advertencias y la oportunidad de aprender de los fracasos de Israel, para que podamos dar lo mejor de nosotros al servicio de Dios. La Israel natural nunca fue heredera incondicional de ninguna parte de la promesa hecha a Abraham: “Por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra”. (Gén. 12:3) Cuando Dios le hizo esta promesa a Israel, el entendimiento era que si cumplían con la Ley, tendrían vida eterna. Esto les permitiría luego heredar la promesa que le fue hecha a Abraham y les daría el privilegio de bendecir a “todas las familias de la tierra”.

Herederos de las promesas de Dios

Las palabras del Apóstol Pedro, “La promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los que están lejos” están en total armonía con todos los tratos del Señor con Israel, incluida su promesa con ellos como hijos de su servidor Abraham. (Hechos 2:39) Aún tenían esta esperanza en el día de Jesús, como escribe Pablo, “Esta es la promesa que nuestras doce tribus esperan alcanzar adorando a Dios con diligencia día y noche”. (Hechos 26:7) Cuando se comprobó que Israel, como nación, no era digna de ser heredera de las promesas abrahámicas, fueron separados, hablando en términos simbólicos, y los gentiles tuvieron la oportunidad de ser injertados para ocupar su lugar. Estos gentiles, ahora como personas, podían convertirse en participantes de “la savia nutritiva de la raíz del olivo”, es decir, de las promesas abrahámicas.—Rom. 11:17

Desde ese momento en adelante, solamente las personas, judías o gentiles, que aceptaron a Cristo se torn-

aron en “herederos según la promesa”, como miembros de la semilla espiritual de Abraham. (Gal. 3:29) “La piedra [Jesús] que desecharon los constructores [la nación de Israel] ha llegado a ser la piedra angular. [...] Por eso digo que el reino de Dios se les quitará a ustedes y se le entregará a un pueblo que produzca los frutos del reino”.—Mat. 21:42,43

Dado que Israel no estaba lista para ser usada en la bendición de otras naciones, la posición en la que se encontraban conforme a su pacto con Dios cesó, y la promesa de ser un “reino de sacerdotes y una nación santa” también dejó de ser suya. (Éx. 19:6) Fue dado a “descendencia escogida”—a Israel espiritual—“sacerdocio regio, nación santa”. (I Pedro 2:9) Nos dicen que esta nación está separada y marcada de todos los demás, y reunida por Dios con todos los pueblos de la tierra—“un pueblo para honra de su nombre”.—Hechos 15:14

Rechazo de la violencia y la guerra

Jesucristo nuestro Señor ciertamente es la clave para el cambio en las enseñanzas que se presentan en el Nuevo Testamento. Jesús rechazó los conceptos de violencia y guerra que habían llegado a ser conocidos y aceptados en el mundo. A través de sus enseñanzas, y mediante su ejemplo, nos brindó un estándar mucho más alto. “Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros”. (Juan 13:34,35) Este es un mandamiento más alto, una ley superior, que se les dio a los judíos conforme a su pacto con Dios. La ley dada por Cristo es la ley del pacto de los Cristianos; es la ley del amor. Se otorga a todos los que han ingresado a la escuela de Cristo, y que

esperan pasar a ser parte de la Israel Espiritual. Jesús resumió el mandamiento del amor de esta manera: Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Ama a tu prójimo como a ti mismo”.—Mat. 22:37,39

La violencia, como resultado del pecado, está desenfrenada en el mundo de hoy. Existe en muchas formas e involucra a casi todas las culturas de una u otra manera. Satanás, el autor del pecado, ronda por el mundo “como león rugiente, buscando a quién devorar”. (I Pedro 5:8) Él es el “dios de este mundo” y “ha cegado la mente de estos incrédulos”. (2 Cor. 4:4) Es por la influencia de Satanás que la violencia impregna la sociedad de hoy.

Hoy vemos violencia en el hogar, entre vecinos, en las escuelas, en iglesias y el lugar de trabajo, e incluso entre completos extraños, sin siquiera mencionar el violento conflicto internacional. Todo esto va en contra de las enseñanzas de Jesús. Él rechazó la violencia y el uso personal de fuerza para resolver disputas. En Juan 18:10,11, por ejemplo, Jesús corrigió a Pedro por desenvainar su espada contra un servidor del Sumo Sacerdote, lo que tuvo como resultado una lesión al servidor. Le dijo a Pedro: “Guarda tu espada”.

No volvemos a ver a los discípulos usando fuerza o violencia al servicio del Señor. Jesús podría haber llamado al servicio a “doce batallones de ángeles”, pero no lo hizo. (Mat. 26:53) No estaba dispuesto a usar el poder divino para su bienestar personal. Jesús nunca rezó por la salvación de sus problemas, sino que los soportó felizmente como parte de su sacrificio. Los seguidores de Cristo deberían estar haciendo lo mismo. “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús”.—Fil. 2:5

Nueva actitud hacia los enemigos

Nuestro Señor también predicó con respecto a una nueva actitud hacia nuestros enemigos. “Pero yo digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen.” (Mat. 5:44) Al principio, quizás pensemos que este es un alto estándar al que atenernos, y tendríamos razón. Este tipo de amor trasciende el simple amor al prójimo. Se ha dicho que es fácil amar a quienes nos aman. Amar a nuestros enemigos, sin embargo, requiere de un corazón tan lleno de amor que ni siquiera un enemigo podría remover en él intenciones malvadas. No habría espacio para actos de castigo u odio.

Esto no significa que aprobemos del mal o de la injusticia, sino que no participaremos en ella. Nos oponemos a la opresión de los débiles e indefensos. La mentalidad de muchas personas en el mundo de hoy es justificar hacer el mal a otros para salvarse a sí mismos. Estamos aquí para “odiar el mal y amar el bien”, pero no para hacer el mal a otros, incluso si son nuestro enemigo. (Amós 5:15) Recordemos que quienes pecan y hacen el mal en los ojos de Dios recibirán su recompensa.—1 Cor. 3:8

Principios de la vida

Nuestro Señor Jesús enseñó principios de vida que están caracterizados por la simpatía, la mansedumbre, la misericordia, la pureza y el hacer la paz. “Dichosos los que sufren, Dichosos los humildes, Dichosos los compasivos, Dichosos los de corazón limpio, Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”. (Mat. 5:4-9) Nuestro Señor dijo estas palabras en su Sermón en el Monte para enseñar a sus discípulos y, a su vez, a nosotros. Quiere que mostremos simpatía por quienes se encuentran en circunstancias difíciles, que practiquemos la mansedumbre y el autocontrol, que seamos misericor-

diosos con los demás, tengamos un corazón puro, libre de ira y maldad, y que siempre trabajemos por la paz. No siempre podremos hacer estas cosas a la perfección, pero queremos tener intenciones perfectas y puras. El pueblo del Señor debe ser de ayuda. “Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos” y no nos sumemos a los sentimientos de este mundo aguerrido.— Gal. 6:10

La pureza de corazón hacia Dios se muestra en los esfuerzos por vivir apaciblemente y promover la paz en los otros. El Apóstol Pablo escribió: “Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos”. (Rom. 12:18) Esto es especialmente necesario en esta época en la que vivimos, incluso si la paz no es recíproca hacia nosotros.

Los enemigos de la justicia prefieren “la oscuridad a la luz, porque sus obras eran malas”. (Juan 3:19) El Señor no los busca, sino que busca a quienes son fieles a los principios de justicia, que los ejerzan incluso hacia sus enemigos cuando son perseguidos. “Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias. Alégrese y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo”. (Mat. 5:11,12) El Apóstol Pedro también escribió: “Si alguien sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que alabe a Dios por llevar el nombre de Cristo”. (I Pedro 4:16) Nuestro Señor nos asegura personalmente al decirnos: “En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo”.— Juan 16:33

Responsabilidades de los cristianos

Debemos obedecer las leyes del hombre cuando no están en conflicto con las leyes de Dios. Sin embargo,

cuando están en conflicto, el cristiano debe ser responsable frente a las leyes de Dios, no las del hombre. Tengamos en cuenta las advertencias que nos dan en este respecto. “Pero ustedes son descendencia escogida, sacerdocio regio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. [...] Queridos hermanos, les ruego como a extranjeros y peregrinos en este mundo que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra el alma”. (I Pedro 2:9,11) “¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!”—Hechos 5:29

Sabemos que el Padre Celestial considera que la obediencia a su voluntad es un asunto muy importante. Esto nos ha sido demostrado mediante las diversas lecciones observadas con respecto a la nación de Israel. Un principio importante que nos enseñó Jesús es el siguiente: “Entonces —dijo Jesús—, denle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. (Mat. 22:21) Nos dicen además: “Sométanse por causa del Señor a toda autoridad humana”. (I Pedro 2:13) “Paguen a cada uno lo que corresponda: si deben impuestos, paguen los impuestos; si deben contribuciones, paguen las contribuciones; [...] al que deban honor, ríndanle honor”. (Rom. 13:7) Todos estos principios se aplican, excepto cuando se violarían nuestra consciencia entrenada y las leyes de Dios.

El Padre Celestial está solucionando todo en este mundo actual aquejado de problemas según sus planes y propósitos. Está observando especialmente cómo estamos cumpliendo con sus enseñanzas, que nos fueron reveladas por su querido Hijo. Las ardientes tormentas del presente “pondrá a prueba la calidad del trabajo de cada uno”. (1 Cor. 3:13) Revelará el tipo de carácter que desarrollamos durante nuestra vida. Nuestra fe debe construirse sobre las preciadas promesas de Dios, que se describen como “oro,

plata y piedras preciosas”. No debemos construir inapropiadamente con otros materiales que no sobrevivan esta prueba de fuego. El Apóstol nos dice que todo lo que se construya según las teorías, los métodos y las tradiciones humanas, descritos como “madera, heno y paja”, será destruido.—versículos 10-15

El Padre Celestial está permitiendo que todas las naciones se engañen y piensen que pueden resolver todos los problemas del mundo. Hemos observado que la paz nunca ha sido duradera; surgen nuevos conflictos repentinamente. Estos eventos que Dios ha permitido para preparar al mundo y a la humanidad para su reino de paz eterna, que gobernará su Hijo, Jesucristo, el “Príncipe de Paz”. (Isa. 9:6,7) “Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra”, nos enseñó Jesús a rezar.—Mat. 6:10

Pensamientos finales

En las experiencias de Israel en el Antiguo Testamento, Dios permitió que se libraran guerras para lograr ciertos propósitos relativos a las promesas originales que se habían hecho a Abraham, Isaac y Jacob. La mayoría de estos conflictos tuvieron que ver con las tierras que se habían prometido siglos antes al pueblo de Israel, pero que habían sido ocupadas por naciones paganas y malvadas. Estas guerras y conflictos fueron autorizados por Dios, y no por el hombre ni los gobiernos terrenales.

En contraste, en el Nuevo Testamento, esas experiencias anteriores de Israel habían servido su propósito en lo que a Dios respectaba. Este propósito fue que las lecciones aprendidas mediante estas terribles experiencias servirían como un “guía” que los llevara a Cristo, el Príncipe de Paz.—Gál. 3:24

Jesús rechazó los conceptos de violencia y guerra.

Enseñó mediante el ejemplo, y a través del establecimiento de un mandamiento que dice “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón” y “ama a tu prójimo como a ti mismo”. (Mat. 22:37,39) Esta nueva actitud hacia nuestros enemigos rechaza el uso de fuerza, violencia y matanza. De este modo, Pablo nos dice: “Busquen la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.—Heb. 12:14

Pronto, se cumplirá nuestra escritura de apertura: “Ha puesto fin a las guerras en todos los confines de la tierra; ha quebrado los arcos, ha destrozado las lanzas, ha arrojado los carros al fuego”. (Sl. 46:9) La Palabra de Dios promete además: “Ya no se sabrá de violencia en tu tierra ni de ruina y destrucción en tus fronteras, sino que llamarás a tus muros Salvación, y a tus puertas, Alabanza”. (Isa. 60:18) Todos quienes fueron matados como resultado de la guerra y otros actos violentos resucitarán. (Juan 5:28,29) Todas las personas conocerán un día la paz eterna, y tendrán la oportunidad de vivir entonces en armonía en una tierra perfecta y restaurada para siempre. Este glorioso resultado será la culminación de la restauración de “todas las cosas, como Dios lo ha anunciado desde hace siglos por medio de sus santos profetas”.—Hechos 3:21 ■